

Manías y maniobras**

Josu Landa*

No vengo aquí a decir ninguna novedad deslumbrante. En medio de la situación siempre ambivalente de hablar de uno mismo, me conformo con tratar de exponer algunos artilugios y exigencias con que me propuse componer la colección de poemas recogida en el volumen *Alisios*¹, a la que pertenecen, a su vez, los que integran la plaqueta titulada *Estros*². Me voy a detener más en una circunstancial "poética técnica", en el entendido de que mi idea de la poesía aparece en mi libro *Poética* (FCE, 2002).

Soy lo que W. Benjamin alguna vez llamó un "bárbaro ilustrado"³ y esto último, no mucho, a decir verdad. He sido fautor y a veces autor —a fe que en muy pequeña escala— de algunas de las catástrofes que conoció el siglo pasado, con el cuento mesiánico de la redención secular de la humanidad. Soy, pues, en gran medida, un modernista⁴ frustrado, que no es lo mismo que un posmodernista, aunque esta figura se parezca demasiado a la otra. Así que no he asumido bien las buenas herencias, he absorbido con demasiada credulidad las malas y, si alguna sabiduría he ganado con los años, ha sido la de abandonar toda pretensión de legar doctrinas a nadie. El mundo sigue estando hoy igual de bien y mal que siempre; ha aumentado, en todo caso, la desilusión y la soledad: no disponemos de dioses que nos acompañen porque nosotros los acompañemos sin condiciones y sin algo que merezca respeto absoluto, llámese dios o como se quiera, no hay ilusiones que de veras llenen nuestras pequeñas almas. Y ya se sabe lo difícil que es vivir sin ilusiones para la mayoría de nosotros.

Este apresurado diagnóstico no debe leerse en clave apocalíptica. Tengo por algo venturoso el derrumbe de los absolutos que han prevalecido, por lo menos, en los últimos diez siglos, en Occidente. Es un respiro para los hombres y mujeres que no temen a su propia autonomía ética y espiritual. Para el poeta —en el sentido amplio del vocablo: como creador, no sólo como hacedor de lo que hoy llamamos "poemas"— es ocasión auspiciosa para hacer valer con entereza lo que tiene de "único", de acuerdo con la antropología de "el único y su propiedad", propuesta por Max Stirner.

Si en un pasado todavía reciente, la unicidad o singularidad de la expresión

**Ponencia presentada en el IV Congreso Internacional de Poesía y Poética. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, octubre de 2003.

*Josu Landa. Caracas, Venezuela, 1953. Reside en México desde 1982. Libros de poesía (entre otros): *Bajos fondos* (1988), *Falasha /falaxa* (1992), *Treno a la mujer que se fue con el tiempo* (1996). Novela: *Zarandona*(1977). Ensayo: *Poética*, F.C.E., 2002. Premio nacional de poesía Carlos Pellicer.

1 De próxima aparición en la colección *Práctica Mortal*.

2 *Poetas de Una Sola Palabra*, Puebla, 2003.

3 Debo el dato a mi amigo el poeta Luis Cortés Bargalló.

4 "Modernista" no, obviamente, en el sentido de un seguidor de la corriente poética así denominada, sino en el de inevitable heredero de los valores de la Época Moderna.

poética pudo cimentar el fenómeno de las vanguardias, en la actual atmósfera de agotamiento de la Modernidad y desazón posmodernista, dicha unicidad tiene una pertinencia igual o mayor. Hoy, como en los momentos más fecundos de las vanguardias, la suerte de la poesía se cifra en las ideas e ideales que refieren palabras como "búsqueda", "ruptura", "experimentación". El hecho de que ahora las rupturas procuren fracturar las rupturas del pasado no refuta sino que confirma el esquema. El que sea al cuadrado o al cubo no priva a la ruptura de su condición de tal. Desde luego, no se trata de puerilidades iconoclastas, sino de realizar esa autonomía suprema del poeta, que siguiendo a Kant concibo como "heautonomía". Hoy, como hace más de 150 años, el imperativo del poeta es buscar, tantear, experimentar nuevas opciones de expresión poética, con entera libertad.

Con esa convicción por delante, me propuse un acto de contrición por mis pecados poéticos y un cuestionamiento de la poesía de mis contemporáneos. Traté de evitar mucho de lo que los demás hacen. Tengo la íntima sospecha de haber fracasado en este intento. El cotejo entre mis pretensiones y mi logros es tal vez decepcionante. No lo afirmo ni lo niego con rotundidad, porque —ya se sabe— uno es el menos indicado para hablar de su propia obra. Sin embargo, el hecho eventual de no haberlo logrado no infirma lo que acabo de proclamar: el ethos del poeta radica en hacer valer la unicidad de su expresión, con independencia de las heteronomías que lo acosen y agobien (tradiciones, modas, intereses extrapoéticos etcétera).

Frente a las virtualidades solipsistas de la deriva espiritual postcartesiana, me aferro a la intuición de lo obstatante. Es mejor asumir todos los seres como si fueran en sí y asignarles un valor sagrado, como entidades que exigen un respecto incondicional. Esta postura me impele no a una "celebración", sino a una entrega humilde a lo dado, a la presencia. Así, el único compromiso que admito como poeta es con el logos, con la palabra que nos constituye y une con lo otro, porque es lo que tengo de común con eso otro. Ahora bien, esa atadura con el logos no sólo tiene un cariz estético, sino también ético. En el logos confluyen las posibilidades de sufrimiento y alegría de los seres humanos. Por eso me parece imposible una poesía neutra y, por lo mismo, asumo sin ambages una poética un tanto profética y admonitoria, aunque muy distante de las viejas consignas del "compromiso del escritor". Por lo demás, todo esto se vincula con la idea de que la Tierra nos basta y sobra para ser y perseverar en nuestro ser, sin necesidad de nada trascendente.

Es bien sabido, desde Mallarmé cuando menos, que el poema no se compone con ideas ni sentimientos ni sensaciones, sino con palabras. Es innegable la existencia de un nexo entre la dinámica racional y pasional del sujeto y los lenguajes, pero también lo es que se desconoce en qué estriba con precisión tal vínculo. La maravillosa posibilidad de la expresión humana que es el lenguaje constituye la raíz de la cultura, la base de la realización y permanencia del sentido, de lo humano, de modo análogo a como los cuerpos físicos y biológicos objetivan el fondo material del mundo. Así pues, el arte del poeta consistirá en operar y maniobrar en los sistemas vivos que son los lenguajes.

Contra cierta opinión muy difundida, observo que en el comienzo del poema no está el silencio, sino el río intemporal de las voces y signos que llamamos "lenguaje" y, un poco goethianamente, la acción intencional del poeta sobre éste. El poeta es el que mejor puede llevar de fiesta al lenguaje, como quería Wittgenstein. Aunque la imagen parezca un tanto prosaica, me figuro la

labor del poeta casi como el trabajo de los actuales manipuladores genéticos: alteran las combinaciones de las cuatro clases de moléculas básicas (A, C, G y T) del ADN. Por su parte, las maniobras del poeta en los juegos de lenguaje repotencian el orden del sentido, llevando a límites inusitados la función significativa de las palabras, alterando la sintaxis, poniendo de relieve una expresión que se niega a pasar inadvertida en el magma indiferente de las expresiones habidas y por haber. Esto explica mi tendencia a dar cabida en el poema a la paráfrasis, a alguna que otra paranomasia, a cierta dosis de intertextualidad. Explica, también, mi propensión a rescatar y relanzar lugares comunes y frases hechas, a esparcir algo de sal culterana, a disolver irónicamente sedimentos discursivos y, sobre todo, a valerme de la ambigüedad y la sugerencia.

Conforme a lo que vengo diciendo, concibo mi labor poética como un decir los sonidos que en mí dicen el mundo o como el traslado a palabra de mi experiencia⁵ única y personal del mundo, con la intención de suscitar experiencias en una comunidad de poetas-lectores y lectores-poetas. Tales efectos son, de una manera y en una medida que desconozco, funciones de valores estéticos de aceptación más o menos común. Si, como ya he advertido, coloco la Tierra en la cúspide de mi jerarquía de valores, se entenderá por qué en mis últimos poemas tiendo a radicalizar mi negativa a tematizar mi insignificante yo y a rendirme a lo obstante, lo existente. Quiero así convertir en expresión verbal apropiada el imperio absoluto de la Tierra sobre mí, reduciendo al máximo posible las pretensiones de mi yo, el cual asumo como una proyección limitada, pobre, de la razón que gobierna el cosmos. De esta forma me distancio de la poesía ejercida como relación de los eventos del yo, como simple informe de un "mí mismo" al que se subordina toda alteridad.

Por otra parte, si asumo que el lenguaje propuesto con intención poética debe rebasar los límites de la significación para concretarse como poema, entro en serios conflictos con una opción expresiva: la narración. Huyo de la narratividad en el poema. Y lo hago a sabiendas de que en ciertos momentos puede contribuir a la realización del poema y pese a reconocer que acaso sea improbable una poesía que prescindiera del acto de "contar" algo al tiempo que "canta". Esta postura no desdice, en mi caso, la pertinencia del juego intergenérico, cuando ello venga a cuento.

Por razones parecidas, rechazo aún más vehementemente la forma enunciativa en el poema, tan presente en la obra de numerosos poetas dignos de todo respeto. Pienso que el esquema de la apófansis: sujeto, cópula y predicado, procurando dar razón de la cosa, es imprescindible en la filosofía. En cambio, estorba y perturba en el discurso con intención poética, donde precisamente se trata de superar los límites de todo lo que sea juicio, significado, proposición... e implique principios lógicos como el de identidad y otros.

Me sigue tentando la ironía, aunque ahora desconfío un tanto o estoy un poco harto del simple juego con y en los juegos de lenguaje. Entiendo las maniobras poéticas como medio para un tenso equilibrio entre materia verbal y necesidades expresivas. Inscribo toda manipulación verbal en el propósito de lograr la relevancia de lo dicho: que el discurso intencional exprese la intuición más profunda, tratando de no caer en ese horror que Horacio llamaba "verso duro". Si esto se logra con operaciones lúdicas —y, en el fondo, todos los tropos lo son— bienvenidas sean. Lo que no acepto es cierta trivialización dogmática del jugar.

5 Entiendo aquí "experiencia", en el sentido amplio que le confiere Hegel en su *Fenomenología*, todo movimiento de la conciencia.

Tengo además otras manías. Por ejemplo, he decidido expulsar de mis poemas palabras como "espejo", "magia", "ángel", "fantasma" y "espacio", aunque es posible que alguna de ellas todavía se me cuele de rondón, a pesar de mis precauciones. Este y otros caprichos no tienen ninguna razón clara. Al margen de los juicios éticos que ello merezca, me consuela saber que tal actitud orienta las severas exigencias técnicas que me impongo y que procuro transmitir sin complacencias a mis siempre escasos lectores e interlocutores.

México, DF, 23 de octubre de 2003

LUNARALGÚN DÍA TAMBIÉN NOS ROBARÁN LA LUNA.

Será como una historia de ex-virgen fría:
viene la huella
(lo que resulta de hollar)
y en el lugar de la mancha:
la insistencia,
el frenesí,
hasta dar con la falsa plata
y su imán de lobos y mareas.

Ya se vio el primer capítulo:
cohetes, banderas y pies ingrátidos
(pese a masas de plomo oculto),
pisoteando la circunferencia del tiempo:
primer paso del Ojo-Espejo
hacia el tumor arisco en la tersura del universo.

Después de esto
será posible devorar
siglos de años-luz
sin consecuencias aparentes.
Pero en medio de ojos secos por millones,
de ojos abandonados de la lágrima,
de ojos como pantallas,
vendrá el rechinar de dientes
cuando se descubra:
sin astros no hay estro.

Eso sí:
tromba de aleluyas
hasta cuando el Gran Rostro de Ópalo
deje de restañar con trozos de luz
la mordedura contumaz de las tinieblas.

Vaya ciencia para tamaña inocencia.